

**JORNADAS: CIEN MIRADAS DESDE EL DOLOR**

**EL TERRORISMO: CRIMEN CONTRA LA HUMANIDAD**

**Ponente:**

**Eduardo Uriarte Romero.**

**Miembro destacado de la Fundación para la Libertad.**

**El relato democrático ante el final de ETA. Un reto difícil de superar.**

En otro momento del pasado, el final de la práctica terrorista por parte de ETA nos hubiera permitido esperar un futuro democrático en Euskadi, pero la gestión política realizada ante el terrorismo vasco durante los años del anterior Gobierno, no permite atisbar un reforzamiento democrático, sino todo lo contrario. Yerra el lehendakari al afirmar que el cese de la violencia por parte de ETA nos introduce en una nueva era a los vascos. Los vascos inaugurarán una nueva etapa hacia la convivencia democrática si son socialmente capaces de condenar el terrorismo. En la actualidad la nueva era es exclusivamente para los acólitos de ETA, no para los demócratas ni las víctimas del terrorismo que temen la impunidad de sus victimarios.

Si el final de ETA constituye algo más que una expectativa posible es gracias a la tarea realizada por las fuerzas de seguridad, que la ha abocado a su paralización operativa. Pero precisamente de esta debilidad surge el protagonismo de Bildu/Amaiur, incapaces éstos, sus subordinados políticos, de arrebatárselo en el pasado cuando la organización terrorista disponía de una mínima fortaleza. De la mano de éstos, y gracias a un cúmulo de facilidades otorgadas, el relato que está surgiendo tras el cese de la práctica terrorista es el del nacionalismo radical, el que justifica el pasado de violencia al no condenarlo ni criticarlo, avalado, además, por la adhesión electoral que han disfrutado en las últimas convocatorias. Este éxito del mundo de ETA es en gran medida resultado de la debilidad de un relato democrático que oponerle.

En la sociedad vasca el discurso dominante es el nacionalista, en muchos ámbitos el único discurso político existente es el nacionalista. Es prácticamente inexistente un discurso democrático cuyos portavoces debieran ser los partidos constitucionalistas, que hoy en el terreno ideológico y político se baten en retirada. Debido a las actuales tendencias hacia el sectarismo, la atracción por el pragmatismo, la moda del abandono del discurso político por el partidista, la obsesión exclusivamente por el poder, y la seducción en Euskadi por la ideología dominante, los partidos no-nacionalistas dejan huérfana a la sociedad de cualquier mensaje alternativo, democrático, que contrarreste el dominante y casi único existente. Se puede afirmar que en Euskadi no existe partido que realice un discurso amplio y profundo sobre la convivencia democrática. Para

colmo, los últimos gobiernos de Zapatero han tenido un efecto letal en el asociacionismo cívico, aquel que hizo posible no sólo la movilización social ante el terrorismo sino la creación de un discurso democrático.

La derrota policial de ETA ha sabido ser convertida por sus sucesores en una importante victoria política, consiguiendo, incluso, que sus postulados y reivindicaciones a lo largo de los últimos años hayan sido asumidos por partidos políticos enfrentados a sus planteamientos en el pasado. Si el encuentro del nacionalismo radical con el institucional en el Pacto de Estella arrastró al segundo a posiciones del ideario etarra, las largas conversaciones y negociación en la pasada década en Loyola, Oslo y Ginebra con el socialismo, arrastró a éste también a postulados de la banda. Fenómeno demostrable atendiendo los repetidos apoyos expresados especialmente por el presidente del PSE a la “territorialidad”, posibilidad de autodeterminación, proceso constituyente para Euskal Herria, y las peticiones de legalización de Batasuna y acercamiento de presos por parte del lehendakari. Es decir, el PSOE ha acabado por asumir en gran medida el discurso sostenido en el pasado por ETA, excusándose en el esfuerzo para la búsqueda de la paz.

La manipulación política de un fenómeno tan perturbador en la sociedad como es el terrorismo no ha dejado de ser adoptada por formaciones políticas ajenas a él. El poderoso señuelo de la paz ha servido para justificar no sólo concesiones puntuales al mundo de los terroristas, sino a reforzar los propios planes de algunos partidos (Plan Ibarretxe en el caso del PNV o acercamiento PSE- Batasuna por parte del PSE). Dicha manipulación es manifiesta en el actual hostigamiento al Gobierno del PP con reivindicaciones etarras, transformadas en pasos para la paz, como el acercamiento de presos o la legalización de Batasuna. Evidente prólogo de una cascada de reivindicaciones del nacionalismo radical tratadas en las conversaciones de Loiola.

El señuelo de la paz, su manipulación, ha servido para plantear el hito de naturaleza estratégica, de singular importancia para el futuro, como es el olvido del pasado, comportamiento rechazado por la izquierda respecto a los sucesos mucho más lejanos de la guerra civil y de la dictadura. La decisión del Tribunal Constitucional permitiendo la participación en las elecciones del nacionalismo radical, anulando el efecto de la Ley de Partidos avalada por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, sin reclamar la condena del terrorismo ni crítica alguna a ETA, ha inaugurado desde tan alta institución la pérdida de la memoria en lo que se refiere al terrorismo vasco. Este hecho va a repercutir de una forma muy especial en la memoria y justicia de las víctimas del terrorismo. A su vez, aprobar la legalización de su entorno sin la condición previa de la disolución de ETA constituye el paso más importante para asegurar su perduración entre nosotros, aunque no ejerza la violencia terrorista. Además, permitiendo su existencia y disfrute del poder, el electorado quiere evitar la amenaza de que la violencia vuelva a reemprenderse, se premia con su voto la apariencia de que nos garantizan la paz.

La manipulación del fenómeno terrorista presentando la consecución de la paz como un logro para su aprovechamiento por más de un partido, así como su explotación y apoyo de este proceso de acogida de los radicales por importantes medios de comunicación, fomentan una exagerada publicidad a favor de los sucesores del terror, incitando, además, una euforia social que favorece el abandono de cualquier reflexión sobre lo que ha supuesto ETA. Así como desde los partidos abertzales y el PSE se fomentan consignas optimistas y racionalmente poco elaboradas, la gran mayoría de los medios de comunicación vascos, en el tratamiento informativo, apoyan exageradamente el actual proceso de exaltación del final de ETA, mayoritariamente los comentaristas de opinión de los mismos diarios, los que reflexionan sobre el proceso de entronización de ETA en nuestro futuro político, curiosa y contradictoriamente, no dejan de ser muy críticos con esta campaña. Fenómeno que pone en entredicho la bondad social del proceso que estamos viviendo y la naturaleza de campaña propagandística que el final de ETA está suponiendo desde la mano de los partidos antes citados y de los medios de comunicación vascos.

Junto al discurso no condenatorio de ETA, que a su vez justifica su pasado de violencia como necesario para la consecución, puesta en valor y aceptación para de la plataforma de sus reivindicaciones a ser negociadas, existe un discurso junto a éste, que en vez de rechazarlo facilita condescendentemente la introducción del primero. Este se está articulando ofreciendo la corresponsabilidad de todos en el pasado de violencia, la asunción del conflicto vasco, la puesta en valor de los pasos “positivos”, pero insuficientes, dados por ETA y

Batasuna, la equiparación paulatina de víctimas y victimarios con el amalgamamiento en el tratamiento de las víctimas del terrorismo con las del GAL y las víctimas policiales, la aceptación de la presencia de los mediadores internacionales promovidos desde el nacionalismo, etc. Podemos constatar no sólo la existencia del relato etarra hoy en funcionamiento, sino la existencia de otro que lo acompaña y lo introduce desde partidos ajenos al nacionalismo radical, que favorece la credibilidad e implantación del primero. No sólo no existe relato democrático, sino que algunos que por su pasado debieran ejercerlo coparticipan en la legitimación de los sucesores del terrorismo en su discurso actual.

Existe un relato desde partidos moderados proclive al etarra y un llamativo apoyo mediático a Bildu/Amaiur para que desembarque en el espacio institucional sin contradicción ni problema serio en su seno. Una avalancha legitimadora de ETA en el que se exagera el esfuerzo de acercarse a la democracia sin llegar a asumirla, es utilizada por un PNV soberanista y un PSE ansioso de apuntarse al tanto de la pacificación, para aguijonear al Gobierno del PP cara a hacerle receptivo a una negociación con una ETA agónica, que no tendría más remedio que sobrevivir para acudir a ella. Y ante todo eso hay una sociedad amedrentada por el terrorismo, un movimiento cívico en franco deterioro, y unas asociaciones de víctimas con divisiones, algunas de ellas influenciadas desde el poder político. Es necesario reconocer la gravedad de la situación política para encontrar los procedimientos para hacerle frente y no permitir que ETA esté, sobreviva, cual cuerpo místico, entre nosotros.

Las circunstancias para el reconocimiento y justicia de las víctimas del terrorismo de ETA, tras el proceso de acercamiento del PSOE al entorno terrorista y la campaña mediática desatada a favor de la fórmula adoptada a favor del reconocimiento político del nacionalismo radical, arrastra a las víctimas del terrorismo hacia una situación previa a los años del despertar de su movimiento. La democracia española se debate hoy entre ser sacrificada, para alcanzar “la paz” a cualquier precio, o ser reforzada dignificando el sacrificio de las víctimas del terrorismo como uno de sus elementos básicos, el erigir la democracia desde el sacrificio de sus muertos, lo que supondría ratificar la derrota de ETA.

El que se opte por una u otra solución depende en gran medida de la capacidad reconstructiva y posterior presión del movimiento cívico en el que las asociaciones de víctimas deben jugar un importante papel. En definitiva, se trata de un volver a empezar, contando con la experiencia que nos permitiría superar pasados errores, teniendo presente que la clave fundamental para la reconquista del espacio democrático es la consecución de la condena social de ETA, que pasa ineludiblemente por obligar a las formaciones que han surgido de la misma a hacerlo.

**Eduardo Uriarte Romero. Miembro destacado de la Fundación para la Libertad.**